

## ELOGIO DE LA CAMILLA

SE adivina, digo mejor, se advierte en este siglo XX un desencanto grande... Es que apenas ha gozado de paz un breve minuto; es que es un siglo preñado de historia... y de decadencia. Su infelicidad se percibe en el afán constante de superar sus obras—materiales—. En ninguno como en este siglo—el de las comunicaciones rápidas, el de los internacionalismos osmóticos—se ha sentido el hombre más solo, más apenado. El cansancio de vivir se ha adueñado de su alma, las neurosis, las psicopatías se suceden entre sí velozmente impulsando fuerte aun a los hombres más viriles, que a su pesar son absorbidos por el torbellino. Es un siglo materialista y revolucionario, difícil de comprender, cruel porque siente que lleva en sí grandes ideas... ¡Está vacío de un ideal!

Sopla ahí fuera el viento furioso como un acontecimiento histórico—¡pobre hombre, que ha inventado una ciencia para catalogar sus desgracias!—sopla con furia el viento y yo no pienso todavía en acostarme; me da miedo quedar solo con mis pensamientos. Esta noche está conmigo el gran Azorín.

Cojo la badileta, echo una firma y me apresto a seguir leyendo, sople o no sople el viento. No acongojan mucho los huracanes al género de los hombres, por lo menos huracanes atmosféricos; que le atormentan mucho más ciclones de metralla y tifones de mala intención. Yo puedo seguir indiferente, yendo y viniendo con el pensamiento de un lugar a otro de España, de un extremo a otro del mundo sin dejar a Azorín de las manos y sin abandonar para nada mi buena camilla.

¡Qué poesía más grande encierran las cosas humildes! ¡Cuánto nos hablan al corazón estos objetos cotidianos que han repartido con nosotros sus miserias y abundancias, sus tristezas y alegrías, sus quehaceres, sus pesares!... Miserias, tristezas, preocupaciones, miedos, vacilaciones que eran nuestros.

Yo quisiera ser poeta, o genio—que es una suerte de poeta, sublimado el pensamiento por la magnificencia—para cantar un elogio, una laude acondicionada a sus grandes servicios a este mueble pobrecito y humilde, llamado y servicial.

Los ricos que matrimonian en medio de sus costosas sillerías, de sus magníficos dormitorios, llevan a su nueva morada la plebeya camilla; en esta España de nuestros amores sigue siendo el mejor instrumento de calefacción. Junto a la mesa de despacho que luce preciosamente un falso estilo tiene el hombre de negocios, el abogado, el médico, una tímida camilla muy compuestita de faldas de terciopelo y muy revuelta de papeles y tinteros y ceniceros y... no sé cuántas cosas más.

Va adquiriendo prestancia en razón inversa de la posición social de su poseedor y, así, en la clase media es un mueble híbrido que sirve para secar la ropa, calentar los pies de sus amos ansiosos—y no de bienes espirituales—y aun da lugar a que la mujer de la casa, en las horas luminosas del día, coloque sobre ella un gran plato de barro esmaltado y dentro de él una insípida maceta donde crece agonzando un geranio, un evónimo, o una clavellina.

¡Pobre camilla, camillita callada y buena, cómo sufres en las casas de los pobres! Esas gentes que, por no tener, no tienen ni esperanza, esas gentes que no teniendo camisa ni aún teniéndola son felices, por que las roe el corazón un sentimiento de rebeldía contra todo—lo bueno y lo malo—, esas gentes tan pobres que duermen en el suelo por no tener otra más blanda cama... ¡pero tienen camilla!

Entonces, camillita cenicienta, te alzas soberbia, hinchas tus formas y llenas la casucha—labor en la que te acompañan unas sillas de anea—y tomas parte activa en sus discreteos y en sus conciliábulos y sujetas al niño baboso, que está medio echado sobre ti desde una sillita muy alta, y sujetas a su abuela que está medio ocultada por ti porque se ha sentado en una silla muy baja; y miras irrespetuosamente al vejete, que está afanado deshaciendo unas colillas para rehacer un cigarro... que dejará a medio fumar; y miras con temor al hombre fuerte que vuelve rendido del hato, o rendido de la taberna y te golpea brutalmente en cualquiera de los dos casos y tú, que ya eres vieja para aguantar esos ímpetus y te rechina tu endeble armazón y te bamboleas con inseguro vaivén y no estás dispuesta a aguantar, porque sabes que estás sucia y carcomida y argüellada y...

¡Pobre camillita cenicienta ya se te pasó la sofocación!

Resistes, sigues resistiendo valerosamente, porque sabes que tú eres el único apoyo, la única esperanza de esa pobre familia y todavía serás aglutinante suyo el día que muera el vejete, el día en que fine la abuela y esos días vendrán pronto; esos días el varón se abatirá mimoso sobre ti, como sobre una amada comprensiva y el niño baboso se habrá hecho un chicarrón sucio y despeinado y tu dueña, cuidadosamente, se limpiará las lágrimas abundantes—¡felices los que lloran!—con tus faldas raídas y sin color. Entonces acariciarás al uno y disimularás las impertinencias de la otra... ¡No tiene pañuelo!

Y seguirás resistiendo hasta que el chicarrón desgredado abandone el hogar y los amos se queden solos contigo que eres su madre, y su hija, su auxiliar y su consuelo, su ornato y su todo; y su nada.

¡Pobre camillita! ¡Camillita cenicienta, callada y buena! Yo quisiera ser poeta o genio para cantar un elogio sentido, una laude incondicional, a ti, pobrecita y callada, humilde y servicial...

Yo no sé si estará a tono—después de haber dicho estas cosas—decir que yo soy muy amigo de la camilla, muy amigo; tanto que deseo que toda mi vida sea acaparada por ella, que mi hogar no esté simbolizado por ella, sino por ella sólo formado.

¡Es muy parecida al hombre la mesa camilla! ¡Sirve para todo sin estar hecha exclusivamente para nada! Su fin primordial es dar ca-

lor. ser el sostén de una pobre humanidad que no puede soñar porque está ocupada en calcular y, no obstante cuando más falta hacen sus servicios falla, declarándose lamentablemente en quiebra. Promete lo que a veces no cumple y cumple lo que no ha prometido. Parece más de lo que es y es muy poca cosa. Viste faldas como la mujer y es estéril como la vida de un hombre transcurrida entre el odio y la impotencia. Es seca como el semblante de un castellano y tiene el corazón ardiente como un buen aragonés. Su cabeza es ligera como la de una mujer alegre y su pisada segura como la de un mercader afortunado. Es confidencial como una conjura, como un confesionario, y charlatana como un niño, como un arroyo, como un pájaro. Uniforme en apariencia es proteica en servicio. Nadie puede hablar mal de ella como de una mujer decente, pero también como ella desconoce los elogios—porque nadie aprecia sus constantes trabajos—. Es casamentera como pocas—que lo digan los inviernos de los pueblos—; pero no es buena, no; yo podría contar muchas cosas que han sido posibles, gracias a sus tercerías...

¿Estaba haciendo un elogio? ¡Iba a escribir una reprensión!

FRANCISCO PITARQUE

## OLVIDAR

¿Qué color tiene el olvido que no lo sé descifrar?

¿Es color de indiferencia?  
¿Tiene color de frialdad?

¿Será un color impalpable que lentamente al llegar adentrándose en el alma nos va ofreciendo la paz?

¿Por qué el olvido se acerca con las horas al pasar?

¿Por qué cruel ¡Ay! va matando lo que no quiero olvidar?

Yo quiero sufrir de amores;  
yo quiero sufrir y amar,  
pero no quiero el olvido porque no me hace vibrar.

¿Si no me gusta el olvido a qué se empeña en llegar?

MARÍA BLASCO

## PLAZUELAS CACEREÑAS

# "SAN MATEO"

Por GARCÍA DURAN MUÑOZ

¡QUÉ griterío el de la piedra en San Mateo!... ¡Y qué dulzura—al mismo tiempo—cuando se tiñe del rubor de despedida al beso del ocaso, galán que muere cada día!...

En «Las Veletas», cinco acacias intentan clavar a la memoria de la cantería el recuerdo verde de ribera o bosque; y en lo más pino, como colmillo de granito, el torreón de «Las Cigüeñas» quiere alcanzar las nubes allá en la altura.

Sola y entera, aún desafía los tiempos, como el último guerrero que quedó con vida, mientras que todas sus hermanas—cadáveres de torre, que amortaja el aire—son cementerio de un feudalismo muerto. Es ella sola la que puede peinar su cabellera de almenas y recordar el día en que una reina rubia la desmochara.

Ya no lloran sus lágrimas de flechas las cuencas vacías de las saeteras, ni ríen con su risa de plomo derretido las dormidas barbacanas. ¡Ay, pobres torres decapitadas!...

En el centro, una Iglesia que dicen fué Mezquita; y así donde hoy doblan campanas resonaron las voces que desde el minarete invocaban a Alá.

Un misterio cristiano le dan las celosías de un Convento muy pobre que le cubre un costado. Por los otros, la cierran y defienden un montón de palacios, en cuyas fachadas, como vivos sarmientos de historia, gatean y se enroscan las cimbras, las plumas y los motes de los viejos escudos.

Debajo de las piedras, su corazón «Aljibe» guarda un tesoro de agua que calmaba la sed de gargantas resecas en los duros combates; y para darle paz, picotean su regazo una bandada de casitas blancas que fueron en tiempo la Judería.

Oscuras y estrechas, las callejas cercanas recuerdan los tipos de escurridos hidalgos, a los que la luna pone su gorguera blanca.

Detrás de la Iglesia y en la rinconada con la «Casa del Sol», un corro de viejas esquinas comentaban las últimas noticias de Italia, de Flandes... y de un tal Ovando que dicen es Gobernador en Indias.

El Tiempo se ha parado. Se encerró en estos murallones sin dejar que nada cambiase y ni un manchón moderno rompe la gravedad serena de estas piedras. Cuando llegues a ellas, deténte, peregrino; descubre tu cabeza y aunque no sepas rezar, reza. ¡Que tus ojos se abran para absorber historia y piedra, porque en estas plazuelas extremeñas es donde está el secreto corazón de América!